

# LA POESÍA

Jaime García Maffla

*Departamento de Literatura. Universidad Javeriana*

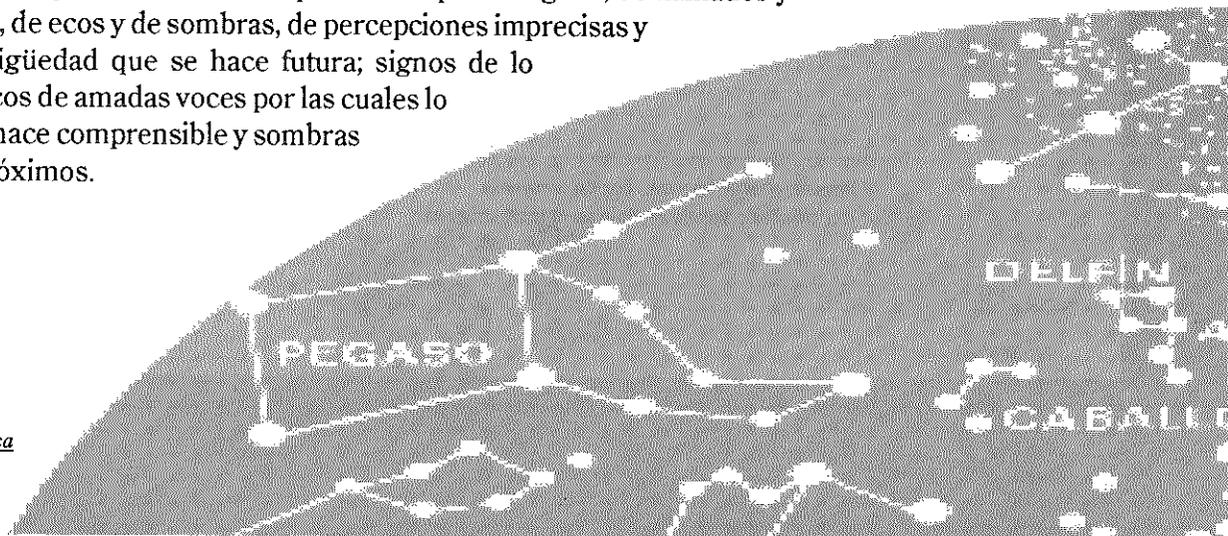
¿Qué es la poesía? ¿Cómo y cuándo el lenguaje del habla cotidiana se convierte en poético? ¿Por cuáles leyes una cierta organización de palabras llega a ser el poema? Preguntamos, en fin: ¿de qué manera vive la poesía, y dónde está la cifra de su misterio? Todo parece ilustración del afán del arquero que no acierta en el blanco.

Desde la antigüedad, el pensamiento se ha ocupado de la existencia de la poesía; ha preguntado por su ser y por su manera de ser, su presencia, su gravitación y su ausencia, su aliento y su hálito, su materia y secreto. Los hombres saben que algo hay llamado poesía, que los poemas están ante sus ojos, y tienen una vaga noción de lo poético. Están también la visión y el dominio de los sentimientos, están la evocación y la intuición... Pero, por su naturaleza, definir la poesía resulta imposible; tan sólo se puede indicar y rodear el fenómeno, llegar más lejos o más cerca de él, y acaso con palabras que más callan que dicen. Así, la forma verbal «es», adquiere un carácter descriptivo. Entonces, ya no se la define sino se la señala, se muestra su existencia y se invoca su luz.

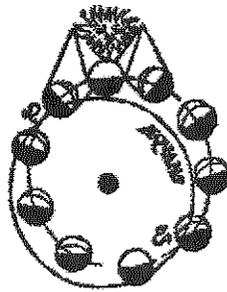
Dejamos consignado en el pórtico de esta meditación que la poesía está en relación con tres instancias primigenias del hombre: el canto, el rito y la oración. Lo poético toca las más profundas zonas del existir humano, su conciencia y su impulso a la vez trascendentes e immanentes, al lado de lo cual le hace posible entrever lo que no es visible, ser lo que esencialmente es, y al crearse lo crea.

La poesía es una sola, como el Ser, y como el Ser es de muchas maneras, según la idea clásica. Y en nuestro empeño, hermoso resulta acogernos a la vieja parábola del sendero, para decir que sólo caminamos, que sólo queremos transitar el milagro. Pero con éste, también ha de hablarse del sueño como de la soberanía de lo interior, o de lo interior en libertad, al que le es dado asociar las regiones más disímiles de lo real y transfigurar las cosas inmediatas. Están la evocación y el presagio, pero la serenidad de la lengua poética es espejo de una armonía más alta.

Para llegar a la poesía transitamos por un bosque de signos, de llamados y encuentros, de ecos y de sombras, de percepciones imprecisas y de una antigüedad que se hace futura; signos de lo invisible, ecos de amadas voces por las cuales lo extraño se hace comprensible y sombras de seres próximos.



En el principio hablamos de las palabras, del canto, de la oración y del poema, viendo en la poesía a la vez una dimensión y un ser que acompaña a los seres. Es una esencia que los hace, una cualidad que los define y un ser que les muestra el camino. Sólo que en la exposición del tema de la poesía no puede haber una sucesión, sino, al contrario, una superposición, un decir al unísono de lo que es y de lo que no es, así como de las figuras inmediatas del alma y de la vida. Existe la poesía como región del espíritu y del mundo, y como configuración verbal, una región que hunde su raíz en la inconsciencia y en lo ancestral, en el cielo y la sangre, en lo que sólo es presentido para horadarlo, hacerlo y expresarlo. En esto último está la dimensión pura del Ser. Existen, entrelazados, la poesía, lo poético y el poema, en lo que hemos de insistir. Y si en la inconsciencia está el manantial, en el mundo objetivo está la superficie de las aguas que fluyen. Está igualmente el sentimiento, que al unirse a la imaginación genera la creación poética: es el instante del nacimiento del poema. Por otra parte, hay objetos mentales y objetos que ofrece el mundo físico, unos para prefigurar y otros para hacer posibles las imágenes inéditas, en relación impar entre el espíritu, el mundo y la emoción. Hemos de hacer la diferencia entre el sentimiento y la emoción: aquél se da en respuesta al mundo, y éste es una línea de tensión independiente del discurrir del mundo. Y no hemos de hablar de lo real y lo irreal como lo diferente, sino del yo y del mundo, pues lo llamado irreal puede tener tanto o más existencia que lo presente, sensorial e inmediato. Son el sujeto y los objetos, o el alma y las cosas, sólo que puestos en la esfera de



los movimientos de la interioridad, de la percepción subjetiva del tiempo y de la vida, o, si se quiere, de la temporalidad y de la muerte. Es la vida efectiva y afectiva, y no una entidad abstracta, lo que se pone en movimiento al hablar de la poesía, de donde viene su relación con la oración y el rito.

Todo, no obstante, conduce hacia el poema, todo lleva a la obra, pues es en vano hablar de lo poético si no se desciende al estrato de la configuración verbal, si no se llega a enunciar, finalmente, que la poesía es arte del lenguaje. La poesía vive entre las palabras, las regresa a su origen y las devuelve al reino de las cosas para que en ellas se convoquen voces distintas que multipliquen los significados. En el poema, cada elocución y la palabra aislada tienen sentidos a la vez fijos e indeterminados, cercados e infinitos, que vienen de lo misterioso y apuntan al misterio. Hemos de afirmar que poesía es revelación por el lenguaje.

En el reino de lo poético, al mismo tiempo se es y no se es, de manera que a un signo le es dado cambiarse en su contrario, por el mismo camino que los contrarios llegan a conciliarse. Se trata, en la misma dirección, de la incorporación del no-ser a lo que hay como de la ausencia a la presencia, con lo cual lo poetizado, así sea banal, se convierte en vía para sobrepasar el estrato de lo solo exterior. En su consecuencia última, la poesía es forma privilegiada de trascendencia, al vivir en lo uno y también en lo otro, en nuestro aquí y en el más allá. Con este atributo se convierte en quintaesencia de las cosas que existen, al espiritualizar las figuras inmediatas del mundo. Aquí hay que decir que es en el poema donde aparecen las nociones del viaje interior, de la evasión y la aventura, una aventura que, como se ha dicho, es hacia lo Absoluto.

La poesía habla del hombre, con el hombre, para el hombre y por el hombre. Su cifra es lo humano en cuanto aspiración y voluntad de ser. Suma de la experiencia y de lo inalcanzable, es lo que el hombre es y lo que ha sido, pero también aquello que no ha sido ni es. En

cuanto a esto último, la experiencia poética está hecha de aspiración y de nostalgia, mira a un punto impreciso en lo pasado y en lo porvenir, actualizándolos en un presente que está fuera del tiempo y que no obstante es físico.

Un segundo paso es de la existencia de la poesía a la experiencia poética; la primera en cuanto presencia, y la segunda como su cumplimiento. La experiencia poética es revelación, para el hombre de sí mismo y para el mundo de su condición auténtica, hecha de lazos secretos, de momentos indecibles y de regiones inmateriales que, sin embargo, el corazón evoca. No se invoca ya el misterio sino se lo quiere penetrar, gracias a otro misterio no anterior a nosotros sino nacido con nosotros, y cuya claridad buscamos en el misterio de la poesía.

Es la experiencia poética, así mismo, prisma único del sueño, con lo que éste tiene de intuición, y senda por la que la vigilia inaugura la aventura soberana del existir, con lo que cada instante vivido en ella se carga de sentido. Hay que aludir aquí a la gratuidad de la vida que solamente es vida. Es conciencia suprema y elación suprema, lo mismo que parábola de la acogida y del exilio, o del abrigo y del desamparo; se da en la experiencia poética, decimos, la percepción de algo interior y algo exterior que gravitan al unísono, o en otro giro, se está dentro y fuera del mundo: es el adentro de la realidad del Ser, y el afuera de nuestra relación con las cosas.

Están el aislamiento y soledad últimas del espíritu y de las palabras, que es aislamiento del decir y del callar, algo que alienta en el germen y en el fruto de la creación poética. En un principio existe el mundo, luego la propia conciencia y finalmente la ensoñación, pero todo ha de darse en el horizonte de la apropiación por el lenguaje, en la cual se conquista una dimensión mágica. Verdad final del espíritu, la poesía poesía es vacío y plenitud: vacío en la entrega y plenitud en el desasimiento.

Existe, entonces una sucesión de estratos, enunciable así: la poesía, lo poético y el poema, grados de una misma materia, y estratos que a la vez aproximan la poesía al corazón humano como la hacen brotar de su entraña, también escala que lleva la poesía del corazón humano a lo infinito o, a la inversa, hace descender lo infinito al corazón del hombre. Es su relación con el orar, un sistema de espiritualización, un vuelo hacia lo ilimitado e indeterminado, pero igualmente una experiencia límite. Esos estratos se dan en forma simultánea, y no se puede hablar del uno sin aludir al otro, aún se ha de explicar el uno por el otro.

La lengua poética es vibración al unísono de sonido y sentido. El sonido es el sentido en cuanto en él está depositado un temple de ánimo, siendo en el ritmo donde se cifra la actitud de los seres ante el mundo. No obstante, el ritmo no despoja de su significado original a las palabras, no las aparta de su estrato lógico, siendo en ese estrato donde aparece la función de la imagen, aparte de decir que en el poema hay también pensamiento, aquella y éste su segundo soporte. Es por lo anterior todo que un poema no se aborda desde el ángulo de la comprensión, pues lo silencioso habla por signos no convencionales y

es esencial a la lengua poética.

La creación poética es ritual, figura de la más íntima separación del alma humana, signo de lo indecible y emblema de lo intransferible. Puede afirmarse que la poesía es la misma experiencia poética, como la aspiración hacia lo trascendente está hecha de una evocación imprecisa.

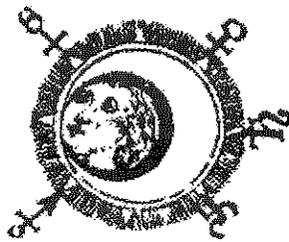
La poesía vive en las palabras, les da figura y las transfigura, las abre a su ser más auténtico al desligarlas del nivel del uso y transmuta su significación llevándolas a decir y nombrar aquello que no se da en forma inmediata ni objetiva. No hace que pierdan su asidero en lo objetivo, que es, al cabo, fuente de la escritura, sino que carga de tensión subjetiva a eso objetivo, aproximándolo a lo que no es, ha dejado de ser o es de otro modo. En una línea de tonos imprecisos, el sonido y el sentido, con el silencio de la pausa y lo blanco, se hacen uno, como lo cercano y lo lejano y la luz y la sombra, al hacerse uno la emoción y el nombrar. En la lengua del poema cobra figura la ensoñación, que en su nacimiento es vacía de objetos, y en ella se hace verificable el sentir de la vida, que incluye el sentimiento del tiempo.

La poesía transfigura a la vez al lenguaje y al mundo, a las palabras y al Ser, gracias a la emoción; es ésta una forma de intensidad y de tensión, de transparencia y acuidad en la relación con el mundo y en la manera de percibirlo. La emoción es mirada pero también padecimiento; es elevación espiritual y visión no determinados por lo inmediato tangible, aunque eso inmediato haga









vive la leyenda. En la lengua poética se alientan el mito, la razón y las fábulas como forma primera del hombre para reconocer lo que es. En ellas se hace a sí mismo ante lo extraño y se crea un hogar. En las palabras el hombre aísla lo eterno de la naturaleza y lo intemporal de la experiencia.

Como la poesía existe, existe la palabra poética y esa obra de arte que es el poema. En este último se sitúan el ritual y el conjuro de la interiorización como indeterminada, que se lanza en busca del mundo y se hace a sí misma. Entonces aparecen las palabras, sin contar con la noción o percepción de la poesía, para tender un cerco de comprensión e interpretación a lo vivido. Todo poema es una fórmula mágica, y las palabras, al nombrar a los entes cotidianos señalan hacia lo intemporal, o en un mismo enunciado al cielo y al abismo.

La poesía está aquí, presente y viva, por obra de los poetas pero antes de las palabras. Hay, se ha dicho, un adentro y un afuera, igual a la relación entre la poesía o lo poético y lo interior. Si la poesía es unión entre el alma y el mundo, también es exclusión del mundo, pues sólo salvado el estrato del comercio directo con éste puede ser elevado el sentir a otra figura de lo real presente o táctil, de la misma manera que nos hace ser otro, un «otro» que al cabo resulta ser lo que más fielmente somos.

Como lo divino, la poesía es ubicua; es la fracción y el todo, el esto y el aquello, lo esencial y lo inesencial como lo más trivial puede llegar a ser lo eterno, pero más intensamente lo que es y no es, que puede ser más real, o lo que está y no está, como lo invisible y lo visible. Son el lado oculto y el lado aparente de las cosas. hay un «otro lado» por el cual la poesía llama a lo vivo de otro modo y

trae consigo el viaje, la aventura y el descubrimiento. En ella lo silencioso llama con mayor fuerza que las voces. Cada palabra del poema es plasmación de un momento del espíritu, cuando en la poesía alienta lo que no es con más verdad que aquello que se muestra o lo que está delante de los ojos. Podemos afirmar que la poesía es lo que no existe, y que por ello es más verdadero y actual.

Y en la poesía el lenguaje llega a ser aquello para lo cual fue creado como nombre del ser en el decir de un evento cualquiera, no en la comunicación sino en la comunión de los seres. Es lo que se conoce, por la nostalgia de un origen, como la capacidad de evocación de la palabra poética. Con ella entra también en escena esa nostalgia, como instancia última de la experiencia personal del mundo.

No son los objetos del mundo sino los entes de la ensoñación los que confieren sentido a las palabras, en unión de lo uno con lo otro, por la que la relación entre la poesía y lo mágico está la compañía profunda de la vida. Por las palabras del poema pasan el sentimiento de existir y la imposibilidad de ser del hombre, su luz y oscuridad ancestrales, con las cuales la creación poética se une al conjuro.

La poesía es la misma alma del hombre, que es a la vez en disidencia y armonía con el mundo, y que lo hace para hacerse y vivir. Si en el poema alcanza el lenguaje la dimensión del Ser, en la poesía consigue el hombre la medida de lo que es, ello de cara a lo infinito y a lo que pueda llamarse absoluto.

Como existen los sueños, la poesía existe. Y la mente poética se reconoce en la atmósfera del sueño, que es incomunicable y sin embargo decible, y sirve de explicación y compañía de los sucesos. En la poesía vive el tiempo, y por ello es razón de la vigilia. Si en cuanto zona del mundo la poesía habla al hombre de otro mundo y

otras formas del mundo, como región del espíritu habla de la soberanía interior, que hace del mundo lo que el espíritu quiere que sea, para hacerse y entrar en contacto con la vida.